

**Fernando Alegría**

## El horizonte mágico de Claudia Lars



POCOS libros de poesía, publicados en los últimos años, me han causado una impresión tan honda como el de Claudia Lars *Donde llegan los pasos* que aparece este año de 1953 en la serie editada por el ministerio de cultura de El Salvador y dirigida por Trigueros de León. Reparo en el aparente sensacionalismo de este comienzo y, antes de que el lector me descarte rápidamente por exagerado, permítame darle mis razones y defender la legitimidad de mi entusiasmo. Diré para empezar que no es preciso en este caso recurrir a una crítica de tipo impresionista, como hacen ciertos comentadores de la poesía moderna que se ven obligados a escribir un poema para explicar otro. No, el hecho es simple y claro: Claudia Lars tenía algo de importancia que decir y lo ha dicho magistralmente, dejando en sus versos muestra tan palpable de la belleza de su espíritu, de su personalidad toda, que aun la parca constatación del crítico no podría dejar de transmitir en parte ese milagro. ¿Dónde está la significación extraordinaria de esta obra? ¿Qué aporte nuevo encierra ella viniendo, como viene, de una escritora que ha establecido ya una reputación eminente con el realismo mágico de sus poemas para niños —*La casa de vidrio*— y con la elegancia barroca de sus *Sonetos*? Desde luego, se trata de una autobiografía poética y ya esto

implica un acto de afirmación personal, una decisión heroica; pues el artista, desnudando su alma frente al público, compromete en un solo gesto el valor total de su obra. Hay profesionales de la "autobiografía" —y el público los reconoce fácilmente— que se desnudan en diarios, memorias o confesiones, con el desparpajo provocativo de las "strip-teasers" norteamericanas. Hay, por el contrario, la confesión sorpresiva, impetuosa e incontrolable que estalla inevitablemente y ante la cual el lector, tanto como el crítico, siente respeto y, cuando viene expresada en forma bella, veneración. La poesía femenina hispanoamericana nos ha dado soberbios ejemplos de esta clase de documento humano. El de Claudia Lars es tan sincero y tan hondo como el de Gabriela Mistral, casi tan sensual y, por cierto, tan artístico como el de Delmira Agustini, y así como la confesión íntima de esas poetisas vino envuelta en lenguaje original, inconfundible, así también la de Claudia Lars asienta su mayor mérito en la individualidad de su expresión, en el sello típico de su arte creativo que le pertenece totalmente.

No quiero decir que no se vean en esta obra ciertas raíces poéticas que entroncan en la obra de otros autores. Por ejemplo, me parece que el primer poema del libro (*Dibujo de la fuga*) es claramente huidobriano —o creacionista— en algunas expresiones e imágenes. Nótese estos juegos lingüísticos:

*¿Cómo contar mi olvido,  
mi voy jugando de jugar de juegos? (p. 12).*

*¿Qué melodía de agua, qué paloma?  
¡Mi giramor... mi girasol... mi mundo! (p. 12)*

*Borramos el ayer de los obuses  
y despertó mi golondrinalondra (p. 19).*

Esta "golondrinalondra" pertenece, sin duda, a la misma familia del golondrinal de *Altazor* ("ya viene la golondrina, ya viene

la golonfina, ya viene la golontrina...”). En las siguientes imágenes se reconoce asimismo el parentesco entre la magia de Claudia Lars y la de Huidobro: “un domador de potros de arco iris”, “todo el horario de palomas súbitas”, y particularmente en estas dos imágenes creacionistas en que se describe el caer de la nieve:

*La nieve cae, abandonando el aire  
con un latido blanco (p. 15).*

*La nieve baja, en diminutos ángeles  
y fechas de diciembre (p. 16).*

Pero constatar solamente la semejanza es, en este caso, injusto. Hay que decir —y qué satisfacción da decirlo— que en Claudia Lars vive y sobrevive lo mejor de ese maravilloso poder de invención que prodigara Huidobro en obras como *Hallali* y *Altazor*. Además, es preciso reconocer que Claudia Lars lo supera en el poder de selección y de síntesis, pues ella va recatadamente midiendo los milagros y los fuegos de artificio, deslumbrándonos a veces, pero sin cegarnos jamás; lo aventaja también en significación humana. Huidobro, en poesía al menos, siempre pareció fatalmente desconectado de la realidad, hasta el punto de convertir en abstracción su propia vida y esa frialdad, esa muerte, de su poesía causaba a la larga, hastío y, al fin, repulsión. Claudia Lars pone en cada imagen una porción de sentimiento. A veces es ternura, a veces gozo de vivir, a veces inquietud sombría de una emoción erótica, a veces la evocación de una pena, o la constatación del olvido o la serenidad. Lo importante es que ella está siempre presente, profundamente femenina, plena de vida, por más quintaesenciado que se torne el marco poético.

La substancia de la historia que nos cuenta Claudia Lars en estos poemas no reconoce parangón. Acaso lo más original en ella es el elemento nórdico que la poetisa salvadoreña busca con ahinco y evoca o adivina por medio de inspiradas excursiones al mundo de

sus antepasados o por medio de vívidos retratos de seres que le han sido muy queridos. Esta cualidad, que no quiero calificar de exótica para no darle un tinte "modernista" que no le corresponde, convierte al libro en una biografía interior construída con elementos que yacen en un segundo plano de la realidad, en un plano emocional e intelectual. Por esta razón, en el libro de Claudia Lars no se reconoce el ambiente centroamericano a pesar de que nos esté relatando trozos de su vida que bien pudieron haber transcurrido allí. Es el paisaje, en una sección del libro, el que lleva la niña en torno de sus juegos y ensoñaciones; en otra sección, es el que le sugiere su padre —"los ojos de mi padre, eran náuticos ojos capitanes" (p. 12)— o el que le ciñe su enamorado como un festón en la cintura, o el paisaje otoñal de la madurez tranquila, paisajes todos hechos de espíritus, hechos con el ansia de reconquistar la Irlanda remota, o con la tentación de mantener cálido el perfume vegetal de la primera pasión, o con la congoja por hallar la paz en la sombra marinera del paternal fantasma.

Cada época va caracterizada por un episodio central y recreada en una o dos imágenes de un poder gráfico extraordinario. He aquí la infancia:

*Yo tenía mi cuerpo  
y una fruta sin vello y dos abejas.  
Me bañaba desnuda entre naranjos;  
¡me comía el augurio de los tréboles (p. 12).*

.....  
*Para el suave domingo  
islas de azúcar, jaulas de listones (p. 12).*

La adolescencia:

*Creció mi corazón  
como una flor esquiva por mi sangre,  
sufriendo la indagante compañía,  
su delicado miedo y su nostalgia.*

*Alguien dijo: es amor...  
pero yo lo guardé con mis peinetas.  
En música inicial, en leves noches,  
le dormí como a niño que amenaza (p. 13).*

Su evocación del amor maduro, realizado y de final que la poetisa deja en suspenso, viene en ropaje barroco, denso de emoción contenida, ardido entre los vuelos del lenguaje que se aguza hasta el límite para entregar, protegiendo, su tesoro que aún fulgura. La poetisa se busca en símbolos. El de la rosa, por ejemplo:

*Porque guardo la rosa:  
porque la llevo, adentro,  
como una llama dócil, que obedece  
a un fuego nunca visto  
y a un coral encendido entre mareas (p. 24).*

En sus comienzos la evocación sugiere un pasado de ternura que los versos remueven como flores de un jardín abandonado:

*Suelta corre en mi sueño,  
inaugurando tiernos horizontes,  
y a mi deseo sube, sin decirlo,  
con su licor de meses  
y su jardín de cuerpos y abandonos (p. 25).*

Luego, presentimos el drama:

*Estoy hablando de la rosa  
con un hombre dormido (p. 26).*

El hombre duerme y escucha el mar de sus sueños, "apenas sabe que la rosa vive" perdida "en el alcance obscuro de su cuerpo".

*Duerme el hombre —mi hombre—  
sobre la fiel presencia de la rosa  
y sus limpias bondades...  
Las sábanas recogen  
el goce balbuciente, el "yo te amo",  
y alzan una región de dulces pliegues,  
secreta, preferida,  
donde la rosa casi le despierta.  
Yo interpreto la rosa,  
pero cae a sus pies y no la mira.  
Una extraña vergüenza nos aparta.  
Una súbita helada nos castiga... (p. 26).*

En la siguiente sección del poema encontramos ya la "rosa solitaria", pero dominada por el enervante recuerdo de la pasión no extinguida. En estos versos Claudia Lars llega a una expresión del amor, a una re-creación del amado y a una sugerencia del detalle pasional tan poéticas y tan finas como no conozco en la poesía española o hispanoamericana contemporáneas. Quisiera citar páginas íntegras de esta riqueza lírica, de esta ternura que encuentra mil tonos y matices para insinuar las infinitas zonas del goce. Pero el lector ha de buscarlas por sí mismo y regocijarse, luego, en su descubrimiento. Al final de este episodio queda la elegía:

*Veinte rosas han muerto entre mi pulso,  
¡veinte cálidas rosas!  
.....  
Ya no tengo mi suave primavera  
ni las manos que exploran.  
Comprendo que hay un algo no aprendido  
debajo de mi paso  
sumiso o victorioso.*

*¡Solitario tormento, casi lágrima,  
alcanzando horizontes!  
El que dice que me ama, el más amante  
de mí sabe tan poco (p. 33).*

Es entonces cuando aparece desde mares envueltos en brumas, el fantasma del padre en quien la poetisa busca el consuelo para su ternura traicionada. Vuelve a nacer y vuelve a recibir caricias que borran momentáneamente el descozor de la indiferencia. Pero la realidad de la lejanía y de la muerte se impone y se produce el milagro de la transfiguración definitiva: Claudia Lars descubre la solidez y permanencia de una raza —la irlandesa— que florece en su sangre joven con todo el ímpetu de los mares nórdicos. Ella misma anuncia su intención en versos que dicen:

*Ha sido mi secreto entre las ramas  
esta mitad de mar, que no obedece.  
Por eso ando buscando, sin decirlo,  
el nuevo viaje de mi antigua gente (p. 20).*

He aquí el tema de esta obra: la búsqueda en la memoria y en el subconsciente de los motivos familiares que explican el extraño curso de un espíritu, que se rebela en su ambiente como flor en atmósfera nociva.

*Hay un ancho desgarre,  
un perenne vibrar de sangre en lucha,  
una sorda mentira,  
y una experiencia de laurel convulso...  
Todo duele... lo sabes, lo sabemos.  
Ahora como antes.  
De la mañana dulce y sin recuerdo  
brotan las golondrinas y los árboles (p. 42).*

No obstante, en la voz de la poetisa, que llama al padre, se advierte la esperanza:

*¿No te alcanza mi voz, no te persigue  
en grave testimonio?*

*¿No rodea tu casa de silencio  
esta esperanza de algo que amanece?  
La tierra busca, sin perder un puente,  
su reino de hojas y de fiestas breves.  
La leche entrega, por colinas dulces,  
sus líquidos vergeles.*

*Montañas y navíos  
están bajo la luz en claro goce,  
y hay otra vez un mundo palpitante  
de peces y de rosas (p. 43).*

El poema que sigue, *De la calle y el pan*, narra la historia del breve contacto de Claudia Lars con la revolución. Con toda franqueza diré que no estoy de acuerdo en absoluto con sus conceptos, pero reconozco la delicadeza de sus planteamientos. Como símbolo de la revolución ha escogido el *pan*. Dice:

*Un agitado amigo me habla del pan.*

*Un agitado enemigo me habla del pan.*

*Cien agitados amigos y enemigos hablan del pan (p. 48).*

Sale al contacto de la masa:

*¡He aquí la calle con su pulso de ruedas  
y sus decretos de camisas rotas! (p. 47).*

Observa la injusticia social, se conmueve, se indigna, y protesta. Participa, acaso, en la lucha, pero pronto duda:

*¿Qué busco yo por esta calle sin sonrisa,  
por este suelo de langostas y murallones? (p. 49).*

Revive la edad de oro en que el pan unía a los hombres y la contrasta con los tiempos dramáticos de la rebelión y del odio. Su conclusión es la siguiente:

*Yo necesito el pan,  
pero juro que no seré su esclava (p. 51).*

Emprende la defensa de la poesía "pura" o, digamos mejor, apolítica:

*¿Diréis que la calandria es inútil  
porque no aprende a denunciar los pecados,  
porque canta siempre entre los sauces del cielo  
y no recuerda los jadeos del buey? (p. 52).*

La historia parece llegar a su fin. El lector cree ver ya el mensaje totalmente expresado. Y entonces Claudia Lars nos sorprende con dos nuevas secciones que son, quizás, lo más importante de su libro. Una —compuesta de seis sonetos y titulada *Casa sobre tu pecho*— es el canto sereno, hondo, apaciblemente feliz a un amor de "medio otoño", cuando la poetisa vuelta "casi del olvido" exclama:

*Si recojo praderas en tu casa  
ya presiento la rosa que no pasa  
y soy nueva en la rosa todavía (p. 59).*

Nunca ha sido más fino su vocabulario poético que ahora en la suma comprensión y apreciación de la serenidad. Con nobleza de genuina alcurnia revive la belleza dormida para saludar la nueva primavera. Apasionadamente entrega su tesoro:

*A ti todo el poder de mi sentido:  
este valle de yerba y de paloma;  
mi profunda violeta con su idioma  
en los verdes recodos aprendido (p. 60).*

El soneto número seis es de belleza incomparable e iguala a lo más excelso de Sor Juana, con la diferencia de que el amor divino abandona aquí sus rubores y recatos para saludar en voz entera la presencia del esposo y compañero.

La otra sección a que me refiero —*Los dos Reinos*— es más ambiciosa en la concepción y parte del anuncio de una experiencia mística para llegar a la exposición de un credo cristiano, a ratos panteísta, en que la autora entrega lo que ella indudablemente considera la forma definitiva de su mensaje. Su palabra se angustia en un comienzo al expresar el ansia de comulgar con la divinidad. Alerta y consciente de presencias sobrenaturales, de estímulos en que la voz del más allá busca la forma de un lucero o de un árbol para transmitirse, se duele la poetisa de las amarras materiales que postergan su ingreso a “las zonas inefables”. El dolor de la carne es el mismo de los místicos españoles. Como ellos, los iluminados, aguarda ella en la medianoche, agudamente atenta al llamado del mundo invisible. Los incrédulos desecharán su testimonio místico, dirán que divaga “en medio de los caminos, como la loca que juntaba querubines párvulos” (p. 70). Para ganarse aún la comprensión de estos recalcitrantes ensaya una racionalización del fenómeno místico que me recuerda ciertos pasajes del *Song of Myself* whitmaniano. “Cuando yo digo yo —afirma Claudia Lars— quiero decir todos conmigo” y agrega: “Lo que hay en mi crecer siempre crece en otras marchas y juntos vamos al mismo aliento paternal” (p. 70). Ambos conceptos, el del valor representativo del “yo” y de la unidad cósmica de todo lo existente, son característicos de Whitman. Así también, las siguientes imágenes panteístas recuerdan vivamente ciertos trozos de *Leaves of Grass*:

*Dormiré entre los gusanos para volverme amapola  
y una suave cortina de polvo  
ha de caer sobre mi voz (p. 73).*

.....  
*Lentamente me iré durmiendo, pegada al corazón y  
a los verdes,  
y bajaré a la tierra con substancias que se palpan.*

.....  
*Hay algo en toda muerte que abre un dócil retorno  
y que ilumine mi quietud, como las horas de la tar-*

*[de (p. 75).*

La visión suprema se produce al fin, la poetisa logra ver "las dos caras de la vida", y, en éxtasis, desprecia su vestidura carnal:

*Miro la cáscara de mi nombre y sonrío ante la mínima  
basura.*

*Con lentitud voy llegando al guardián de la gracia: al  
que me guía por los oscuros laberintos (p. 77).*

No resta sino el "Envío", la agradecida palabra de quien posee un trascendental secreto. El desenlace será siempre un misterio y no podrá descifrarlo la palabra. Pero el presentimiento de la victoria es seguro y la voz que lo expresa resuena con ímpetus de himno.

El comentario crítico, por muy bien intencionado que sea, sólo puede ayudar en forma mínima a interpretar esta poesía para el lector. La puede explicar, pero no habrá tocado lo que en ella hay de milagro. Las corrientes de emoción, las maravillosas asociaciones del mundo material con la substancia del genio poético, la delicadeza increíble de las imágenes, la música que va tejiendo un diseño rítmico entre sílabas, entre líneas, entre poemas y armoniza todo, al final, en sólida estructura, todo esto y más que enriquece la expresión lírica de Claudia Lars debe el lector experimentar-

lo e identificarlo por sí solo. Aventura especial le espera a quien se adentre con Claudia Lars hasta "donde llegan los pasos...", arrobado saldrá y convencido, como estoy yo, de que un milagro poético de esta naturaleza no se produce todos los días y cuando se produce es preciso saludarlo con profunda gratitud.

University of California, Berkeley.